

Norba. Revista de Historia, ISSN 0213-375X, Vol. 22, 2009, 31-55

LA INVESTIGACIÓN PREHISTÓRICA EN EXTREMADURA: LOS ÚLTIMOS 25 AÑOS

Ignacio PAVÓN SOLDEVILA, Alonso RODRÍGUEZ DÍAZ,
Juan Javier ENRÍQUEZ NAVASCUÉS y David Manuel DUQUE ESPINO

Área de Prehistoria. Universidad de Extremadura

Resumen

Se pretende revisar la investigación prehistórica desarrollada en y sobre el territorio extremeño a lo largo del último cuarto de siglo (1985-2010); un tiempo caracterizado esencialmente por constituir una fase de estudios continuados –realmente la primera en la historia de la investigación, favorecida por la creación de la *Comunidad Autónoma de Extremadura*–, con una producción científica sostenida y, en gran medida, realizada desde la propia región. Partiendo de una valoración general sobre el incremento de los estudios prehistóricos, pasaremos revista a los principales avances experimentados en los diversos horizontes y/o problemáticas de la prehistoria remota, la prehistoria reciente y la protohistoria; para concluir con un epígrafe sobre las principales líneas específicamente abordadas desde el *Área de Prehistoria de la Universidad de Extremadura*.

Palabras clave: Investigación, prehistoria, protohistoria, Extremadura.

Abstract

It is claimed to revise the prehistoric research in and on land of Extremadura during last quarter of century (1985-2010); a time characterized essentially by constitute a stage of continued studies –really, the first in the history of the investigation, it is favoured by the creation of *Comunidad Autónoma of Extremadura*– with a scientific production that it is supported and also achieved in this region. Beginning with a general valuation about the increase of prehistoric studies, we analyze the principal and experienced advances in the different horizons and/ or troubles of the remote prehistoric, the recent prehistoric and the protohistoric; we finish with a epigraph about principal lines specially undertaken from *Area of Prehistory of Extremadura University*.

Keywords: Research, prehistory, protohistory, Extremadura.

Al cumplirse 25 años de la configuración del *Departamento de Historia* en la *Universidad de Extremadura*, la dirección de la revista *Norba* ha tenido a bien proponernos la realización de una revisión historiográfica sobre la investigación prehistórica desarrollada en y sobre esta región a lo largo del último cuarto de siglo: un lapso muy corto en lo que a las escalas del tiempo histórico se refiere, pero lo suficientemente intenso como para haber marcado la vida investigadora y profesional de muchos de nosotros. Es por ello que, lejos de las frías

aproximaciones que desde la radiografía bibliométrica tienden a hacerse en estos casos, y que tanto predicamento y crédito científico están alcanzando en nuestros días, conscientemente tomaremos partido aquí por lo que se pretende sea más bien una semblanza algo alejada de las cifras y, en cierto modo, más cercana a las vivencias, especialmente en el apartado final. Una opción, esta última, que no obstante debemos manejar con sosiego, evitando que los propios avatares de la vida investigadora, con sus encuentros, zozobras y desencuentros –que de todo hay– condicionen la tarea de quien debe transmitir con la mayor fidelidad posible lo avanzado en estos años.

Y decimos avanzado porque a nadie escapa que, siguiendo un curso paralelo al de los estudios sobre otros períodos históricos, también la producción bibliográfica sobre la prehistoria extremeña –que bien podría utilizarse en su valor sintomático como prueba del estado de salud de la disciplina– ha crecido exponencialmente en este último cuarto de siglo¹. Sin embargo, nos atrevemos a sostener que además de estrictamente cuantitativo, el salto ha sido en gran medida cualitativo, en especial en lo que atañe al conocimiento de determinados períodos y problemáticas de la dinámica prehistórica, así como a los propios enfoques de la investigación, como trataremos de exponer más adelante. Un cambio apreciable que, pese a todo, no puede entenderse al margen de las transformaciones generales del escenario político, económico, social y cultural de España; ni, por supuesto, de Extremadura.

1. LOS PRECEDENTES INMEDIATOS

Como sucede en otros órdenes, también la historia de la investigación prehistórica –y arqueológica en general– se ha visto condicionada por los grandes acontecimientos que han convulsionado los siglos XIX y XX. En nuestra región, en particular, el análisis de las *Comisiones Provinciales de Monumentos* –las instituciones patrimoniales por excelencia, e hilo conductor del más sólido estudio historiográfico relacionado con nuestro patrimonio abordado hasta hoy– ha permitido a P. Ortiz Romero afirmar que, efectivamente, también la ciencia arqueológica es en la región una consecuencia de los múltiples factores que determinan lo que es Extremadura a lo largo de la época contemporánea. Abundando en ello, la despersonalización, tal vez su principal rasgo definitorio, sería el resultado del fracaso de todo el proceso de institucionalización –susceptible de leerse en clave de crisis desde sus comienzos–; y éste, a su vez, de la actuación de las élites ilustradas autóctonas y de un discurso constante del poder político que trató siempre de forma marginal al espacio cultural. Si a escala regional –anota Ortiz Romero (2007: 27)– las *Comisiones Provinciales de Monumentos* apenas lograron una presencia que les garantizara un lugar, siquiera modesto, en la historia general de la cultura y las instituciones extremeñas, el papel de ambas en la ignota historia de la arqueología regional resulta inédito a efectos científicos.

Pero restringiéndonos al tiempo inmediatamente previo a los años que aborda este estudio, no son pocos los trabajos que han venido señalando las limitaciones, de índole teórica y práctica, que además supuso la extensa etapa franquista (entre ellos, particularmente, Díaz-Andreu, 1997; o Gracia Alonso, 2009, para los primeros años). Fracasada la institucio-

¹ Quien quiera contrastarlo cuenta con una guía de utilidad, aunque incompleta para este propósito, en el A.B.A.E. *Archivo Bibliográfico de Arqueología Extremeña (1536-2000)* (González Cordero *et al.*, 2001), en cuya introducción, a su vez, se refieren otras seriaciones bibliográficas previas. En lo sucesivo, y por razones de espacio, remitimos a dicha obra para la consulta de las diferentes reseñas mencionadas en este texto; salvo en el caso de los trabajos no incluidos allí, o posteriores a su edición, de los que daremos cuenta en nuestra bibliografía.

nalización, paralizada la profesionalización en el ámbito regional, dependiente de profesores universitarios foráneos –unidos al terruño, desde la distancia, gracias al cordón umbilical que siempre ha representado la vieja figura del entusiasta erudito local– la arqueología del franquismo en Extremadura aparece bastante alejada de los ritmos científicos (Ortiz Romero, 1986 y 2007: 484-487). Por ello, y en puridad, las apariciones de la arqueología prehistórica extremeña en el ruedo ibérico anterior a los años setenta, salvo contadas excepciones (J. Álvarez y Sáenz de Buruaga, C. Callejo Serrano, J. Cánovas Pesini, S. de los Santos Jener...), lo serán casi siempre como consecuencia de la sorpresa causada por el descubrimiento fortuito de evidencias, verdaderamente excepcionales a veces, que pasarán casi de inmediato a ser objeto de interés, estudio y publicación por reputados especialistas nacionales o europeos; cuando no de resultados de alguna investigación sobre patrimonio originario de Extremadura pero custodiado ya a esas horas fuera de la región. “Sin *arqueología extremeña*, pero con *Arqueología en Extremadura*” –haciendo uso de la expresión del propio Ortiz Romero (2007: 25)– paradigmático puede ser, en este sentido, el extenso listado de nombres ligados al estudio de los restos protohistóricos de orfebrería y toréutica (Almagro Basch, Almagro-Gorbea, Blanco Freijeiro, Blázquez Martínez, Cuadrado Díaz, García y Bellido...), por referir, como mero ejemplo, un conocido y reputado espectro del patrimonio regional.

Sólo los años del tardofranquismo y la transición política, global y flexiblemente considerados, van a significar también un proceso de cambio en nuestra arqueología prehistórica, al plantearse una renovación metodológica –en la vorágine de congresos sobre teoría, las *II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia* habrían de tener lugar en el Cáceres de 1981 (García Santos, 1997)– y, sobre todo, al incrementarse la actividad de la mano de varios arqueólogos de origen extremeño, aunque formados en diversas universidades españolas, que comenzarán a poner las bases de la investigación actual. Ellos –que continuarían excavando en la siguiente década, como tendremos la oportunidad de anotar– actuarán durante los años anteriores a las transferencias en materia de patrimonio histórico en paralelo a reconocidos profesores e investigadores de las más prestigiosas universidades españolas, e incluso del *Instituto Arqueológico Alemán*, que por esas fechas habían comenzado sus trabajos sistemáticos en yacimientos que podríamos considerar como “clásicos” en el panorama de la arqueología prehistórica de la región, como el profesor Maluquer en Cancho Roano, M. Almagro-Gorbea en Medellín, P. Bueno en diversos dólmenes, V. Hurtado en La Pijotilla, o F. Hernández en Botija. Pero será un cambio acelerado, sobre todo, con el reconocimiento de la *Comunidad Autónoma Extremeña* y la estructuración de una *Dirección General de Patrimonio* dependiente de la *Consejería de Cultura*, cuyas competencias asumió en 1983, con la Dra. D.^a Milagro Gil-Marcarell Boscà al frente. Ésta habría de convertirse en dinamizadora, en aquellos aspectos que más interés ofrecen a los propósitos de este estudio, de las primeras campañas de excavaciones financiadas, a pesar de la escasez general imperante, con recursos propios, y determinante para la creación de las primeras series –*Extremadura Arqueológica* es una buena muestra de ello– orientadas a la publicación de los resultados obtenidos. En este contexto, la creación y el progresivo desarrollo de la *Universidad de Extremadura* –especialmente desde 1976, según Cerrillo Martín de Cáceres (1996: 84)– favorecerá el comienzo de una investigación realizada desde la misma región.

2. LA PREHISTORIA EN EXTREMADURA, 1985-2010

Sin duda no al margen de la efervescencia regionalista de la época, en 1985 y 1986 vieron la luz las dos primeras visiones de síntesis –exceptuada, si se quiere, *Estudios de Ar-*

queología Cacerense (1973) de M. Beltrán Lloris, que en esencia tiene otra orientación— sobre la prehistoria extremeña publicadas en nuestra región²; hecho que constituye un significativo “Kilómetro 0” para valorar el camino recorrido en el último cuarto de siglo: “El tiempo pre y protohistórico” (Cerrillo Martín de Cáceres, 1985), en el tomo I de *Historia de Extremadura*; y el capítulo que, titulado “Prehistoria y Protohistoria”, se incluye en el también tomo I de la *Historia de la Baja Extremadura*. Particularmente útil, a efectos historiográficos, nos resulta la introducción de este último, donde J. J. Enríquez y V. Hurtado (1986: 3-4) ofrecen unas pinceladas del *statu quo* hacia esas fechas, perfectamente extrapolable a la totalidad de nuestro solar, donde explícitamente se reconoce que “no ha sido sino en los últimos diez años cuando las investigaciones sobre la Prehistoria y Protohistoria han empezado a tomar cierta carta de naturaleza”. El carácter incipiente —“no nos encontramos por tanto más que en una primera fase de estudios continuados y muchas son las novedades que los yacimientos de la Baja Extremadura han de aportar aún”— de las investigaciones prehistóricas estaba presente, a su juicio, en las lagunas y problemas no resueltos que planteaban la periodización y sistematización de las distintas etapas que se sucedieron, en la carencia de estratigrafías, en la falta de prospecciones sistemáticas, en la corta serie de dataciones absolutas aún disponibles y en los pocos análisis de polen y fauna efectuados; aspectos todos ellos que la investigación de los años venideros situó, en mayor o menor medida, en el horizonte de sus objetivos. Pese a todo, ya se reconocía el importante avance experimentado en el conocimiento de algunos de los períodos y fenómenos de la prehistoria, como aquellos que estaban mereciendo entonces una mayor atención, caso del Calcolítico —del que en esta obra se anticipaba una primera propuesta de secuencia—, las sepulturas colectivas ligadas al mundo funerario megalítico, el Bronce Final-Orientalizante —cuya cara más deslumbrante estaban contribuyendo a reconstruir los trabajos del profesor de la *Universidad de Barcelona* J. Maluquer de Motes (1981, 1983; y 1986 junto a otros autores) en Cancho Roano (Zalamea de La Serena), y M. Almagro-Gorbea (1977), de la *Universidad Complutense de Madrid*, en la necrópolis de Medellín—, o los tiempos prerromanos, que empezaban entonces a contar con planes de investigación específicos.

La celebración, en 1990, de las *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*, con su publicación un año después (Enríquez Navascués y Rodríguez Díaz, 1991), puede considerarse un jalón intermedio para constatar los importantes avances experimentados en relativamente poco tiempo. Un rápido vistazo a su índice —“Planes Especiales” al margen— denota una cierta supremacía de los artículos relacionados con la Prehistoria-Protohistoria (22) sobre los dedicados al Mundo Antiguo y Medieval (15). Entre los primeros, se observa una sola intervención sobre arte esquemático, un reparto equilibrado entre los centrados en el Calcolítico, Megalitismo y I Edad del Hierro (cada uno con 4), y una eclosión de los estudios sobre II Edad del Hierro (con 9 trabajos); por lo que llamativos resultaban, a esas alturas, los vacíos sobre Paleolítico, Neolítico y Edad del Bronce, algunos de los horizontes más paradigmáticos de la prehistoria peninsular. Sólo *Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos* (1995), dejaba constancia —si nos ceñimos a obras de perfil global— de los progresos sobre el estudio del Bronce experimentados en ese lustro.

Si quisiéramos tomar el pulso al estado de la cuestión en tiempos más cercanos a nuestros días, contaríamos con *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico* (Rodríguez

² Hay publicadas algunas visiones, también de síntesis, sobre la prehistoria de ciertas comarcas (Enríquez Navascués, 2003; Enríquez Navascués y Jiménez Aparicio, 1989; García de Figuerola Paniagua, 1985; González Cordero y Quijada González, 1991; Prada Gallardo, A., 2007; Rodríguez Díaz, 1986; etc.), pero no vamos a ocuparnos aquí de su análisis.

Díaz y Enríquez Navascués, 2001³). Se trata, además, de una obra novedosa por su propuesta de análisis y reivindicación de un “espacio intermedio” –la encrucijada geográfico-cultural entre el Guadalquivir, La Meseta y el Atlántico– entre las visiones globalizadoras, tan de moda en la prehistoria europea, y las estrictamente regionalistas/localistas. Desarrollando un opúsculo editado poco antes –un capítulo sobre nuestra prehistoria en el coleccionable *Extremadura, la historia* (Rodríguez, Enríquez y Pavón, 1997)–, en ella se ofrece ya una perspectiva procesual muy apropiada para revisar el momento actual de la prehistoria reciente y protohistoria en sus continuidades y rupturas culturales; además de un recorrido conceptualizado, deudor de reflexiones ya presagiadas en estudios algo anteriores (Rodríguez Díaz, 1993, 1994, 1995); y una visión integradora de toda la información aquí exhumada en la dinámica del Suroeste, convenientemente enmarcada en las reconstrucciones cronológicas, paleoambientales y económicas que los estudios más recientes venían aportado. A pesar de haber transcurrido una década, y de haberse producido algunos hallazgos de interés, su discurso puede considerarse en gran medida aún vigente. Finalmente, la recentísima visión de la prehistoria servida en el catálogo de la exposición *Nosotros. Extremadura en su patrimonio* (Valadés Sierra, 2006) podría constituir, si se quiere, el último episodio en lo que a visiones generales toca, aunque con una orientación meramente compiladora, divulgativa y algo alejada de los objetivos de este estudio.

2.1. LA PREHISTORIA REMOTA

Los albores de la prehistoria constituyen hoy, como hace veinticinco años, un territorio casi insondable. La causa de este déficit cognitivo sobre las sociedades cazadoras-recolectoras (Paleolítico y Epipaleolítico), más que con una falta de interés por parte de los investigadores, tiene que ver, sobre todo, con la propia estructura geológica de parte de la región, que no ha favorecido la conservación de buenos yacimientos. En el tramo extremeño del Guadiana, por ejemplo, se viene asumiendo –ya desde los estudios geológicos de E. Hernández-Pacheco– la inexistencia de terrazas fluviales datables, a lo que habría que unir la ausencia tanto de fósiles pleistocenos como de evidencias de la dinámica glacial que pudieran aportar criterios de seriación relativa. Así las cosas, desprovisto su contexto, muchos de los trabajos efectuados en este espacio se han basado casi exclusivamente en las colecciones instrumentales recogidas, mediante su análisis desde criterios tipológicos morfodescriptivos –o, más recientemente, morfotécnicos (sistema lógico analítico)– y su valoración espacial. Entre ellos, podríamos mencionar los de Enríquez Navascués (1982), con Jiménez Aparicio (1983) o con Mordillo (1982); Rodríguez-Hidalgo (2004) y Mancha Espino (2007).

En la Alta Extremadura, algunos estudios han tratado de acercarse también a los factores postdeposicionales que condicionan el registro lítico más pretérito, así como a su caracterización (Gutiérrez Morillo, 1993; 1995; y con Gómez Amelia, 1985; Santonja Gómez, 1985). Centrados sobre todo en yacimientos de las cuencas del Alagón y Jerte (Rincón del Obispo, Sartalejo...), vienen a sumarse a los trabajos, tal vez más conocidos, de Santonja y Querol publicados ya en los setenta. Pero, sin duda, son los estudios desplegados a lo largo de la última década en el “calerizo cacereño” los que más expectativas han despertado en estos años. Bajo la dirección científica de un equipo vinculado a la *Universidad Rovira i Virgili de Tarragona* y al *Instituto Catalán de Paleoecología Humana y Evolución Social*, se han

³ En ese 2001 también se celebraron en Mérida las *II Jornadas de Arqueología en Extremadura* –en cuyo Comité Organizador figuraban los Dres. Cerrillo Martín de Cáceres, Celestino Pérez, Jiménez Ávila, Mateos Cruz y Hernández Carretero– cuyas actas jamás llegaron a publicarse.

venido centrando en la investigación integral (tecnológica, traceológica, geoarqueológica, tafonómica, etc.) de las cavidades kársticas de la capital (Maltravieso, El Conejar, Santa Ana) y los cercanos yacimientos ubicados en los humedales de Malpartida de Cáceres (Vendimia, El Millar). Al margen de haber retrotraído la primera presencia humana en esta comarca a una fecha algo anterior al comienzo del Pleistoceno Medio, un cierto interés despiertan las visiones sobre la articulación y uso del territorio. Menos satisfactorios han sido –en palabras de sus propios excavadores (Canals, Saucedo y Carbonell, 2008: 236)– los desvelos por asociar las célebres pinturas a una “arqueología de los pintores”... aunque el interés paleontológico y artístico de Maltravieso siga intacto⁴.

En relación con esto último, mención aparte merece el importante avance experimentado en el estudio del grafismo parietal, con un progresivo mejor conocimiento de los paneles del Paleolítico Superior de Maltravieso, la observación en ellos de nuevas figuras, exhaustivos análisis técnicos, e innovadoras propuestas interpretativas (Sanchidrián y Jordá, 1987, Sanchidrián Tortí, 1988-1989, Jordá y Sanchidrián, 1992; Ripoll, Ripoll y Collado, 1999; Collado Giraldo, 2008; Ripoll López, 2008). El descubrimiento de nuevas manifestaciones, como los grabados zoomorfos magdalenenses de La Minerva (Garlitos) (Collado Giraldo, 2003) y de la Mina de Ibor (Castañar de Ibor) (Ripoll y Collado, 1996; Collado Giraldo, 2003 y 2007), amplía el mapa de registros en nuestra región, contribuyendo a su mejor caracterización dentro del proceso de regionalización del arte cuaternario (Collado Giraldo, 2008). La documentación de los abundantes y excepcionales grabados al aire libre, de factura solutrense, magdalenense y post-paleolítica –en una extensa diacronía– de Molino Manzániz (Alconchel-Cheles) ha constituido la última sorpresa en lo referente al arte rupestre extremeño (Collado Giraldo, 2006 y 2007). Todo ello ha supuesto, en suma, la consolidación de un sugerente núcleo artístico, con buenas perspectivas de futuros descubrimientos –en especial al aire libre–, en un área gráfica de las denominadas “no clásicas”, pero muy vinculada tanto a los registros portugueses como a los meseteños (Balbín Behrmann, 2008).

Menos halagüeño, en principio, es el panorama que se cierne sobre los últimos cazadores-recolectores, absolutamente inédito en la región; si bien algunos datos recientemente obtenidos en El Conejar, Garganta Canaleja (Romangordo), el propio Molino Manzániz o Postes (Fuentes de León) –aún en estudio– podrían revertir la situación de aquí a unos años, como de hecho está sucediendo ya en el sur de Portugal.

2.2. LA PREHISTORIA RECIENTE

A diferencia de lo expresado en el epígrafe precedente, la prehistoria reciente sí ofrece hoy un discurso mucho más elaborado del que era posible hilar a mediados de los ochenta; con un proceso de renovación –aunque tal vez sea más ajustado hablar simplemente de “construcción”, y preliminar en ocasiones– que, simplificando, afectó antes a las primeras edades del metal (Calcolítico, Bronce), y sobre todo en la última década al Neolítico. Más sostenido ha sido, a lo largo de estos años, todo lo referente al estudio del fenómeno megalítico y, en cierto modo, del arte rupestre esquemático. Constituyen, desde antiguo, estos dos últimos –ahí están como ejemplos los nombres de J. R. Mélida, G. y V. Leisner, H. Obermaier; o H. Breuil en *tour de force* con E. Hernández Pacheco– campos de interés, más allá del que estrictamente

⁴ Nos excusamos aquí de dejar constancia pormenorizada de la prolífica pluma del grupo de investigación “Los Primeros Pobladores de Extremadura”, que el lector puede escrutar, si es su deseo, en la siguiente dirección: http://iphes.urv.cat/eppex/documents/00/es/gral/content/inici/08_publicaciones.html.

afecta a la prehistoria regional, sin duda por la propia escala, abundancia, espectacularidad, y a veces controversia, de dichas expresiones.

2.2.1. *El Neolítico*

Los primeros pasos para el conocimiento de las sociedades productoras iniciales –prescindiendo de la excavación efectuada a principios del siglo xx por García Faria en la cueva de Boquique (Plasencia), cuyos materiales publicó Bosch Gimpera en 1915– se dieron precisamente en la aurora del período que estudiamos, y a partir del estudio de cuevas y abrigos, aunque lógicamente fueron muy titubeantes. En Maltravieso, Saucedo Pizarro y J. Cerrillo Martín de Cáceres (1985) advirtieron, revisando fondos del Museo Provincial, la presencia de algunos materiales descontextualizados que podrían ir a ese mundo, o al Bronce Medio-Final, como se había propuesto poco antes en base a otros parecidos de El Conejar (Cerrillo Martín de Cáceres, 1983); en tanto González Cordero (1985) exponía en su tesina otras cerámicas similares, que identificaba como calcolíticas, para los abrigos montañegos de Atambores y Peña Aguilera. Como consecuencia colateral de su revisión de la Edad del Bronce en Extremadura, Pavón Soldevila (1995, publicada en 1998: 288) propuso resituar la mayor parte de la alcallería de las cuevas cacereñas en contextos neolíticos, apreciación que ratificaría Cerrillo Cuenca (1999 y 2005: 71) para después rectificar (Cerrillo, González y Heras, 2008). En otro contexto, los trabajos en la cueva de La Charneca (Oliva de Mérida) permitían detectar a Enríquez Navascués (1986) una fase, ocupacional o funeraria, del Neolítico Tardío en la provincia de Badajoz.

También las excavaciones de mediados de los ochenta contribuyeron a esclarecer, desde el confusionismo inicial, un horizonte Neolítico avanzado, o Tardío, al aire libre en los poblados cacereños de Los Barruecos (Malpartida de Cáceres) (Saucedo Pizarro, 1986 y 1991) y El Cerro de la Horca (Plasenzuela) (González Cordero *et al.*, 1988). Patrón que, con sus singularidades, también para el Guadiana se había venido advirtiendo en base a los trabajos en Araya (Mérida) y la posterior revisión de El Lobo (Badajoz) (Molina Lemos, 1980), ya dentro de un Neolítico Final-Calcolítico Inicial (Enríquez Navascués, 1982 y 1988; Hurtado Pérez, 1995).

Pero, sin duda, los mayores déficits que manifestaba ese panorama neolítico –y que nadie ocultaba– eran los relativos a sus primeros desarrollos, a la información paleoeconómica y a su integración en los debates sobre modelos de neolitización; que comenzaron a ser particularmente evidentes, e incómodos, a finales de los noventa. Sustentado, en términos estratigráficos, por el nuevo esquema resuelto en Portugal y La Meseta, y estructurado en base a los recientes trabajos en Los Barruecos, el Neolítico cacereño fue objeto de *aggiornamento* de la mano, sobre todo, de Cerrillo Cuenca (2005 y 2006). En éstos y otros estudios aportó documentación ergológica en general consistente para hablar de la fase agro-ganadera más antigua; trató de paliar, al menos parcialmente, el flanco relativo a la economía de los primeros productores; y aportó, en último término, una secuencia articulada en sendos momentos (“Antiguo”, sin megalitismo, hacia el tránsito del VI al V milenio cal BC; y “Medio”, con megalitismo, desde finales del V a mediados del IV milenio cal BC) desde la que se sugería un proceso de consolidación del poblamiento y su estructura campesina. En síntesis, se contribuía así a aportar argumentos a una vieja teoría –planteada por su directora de tesis doctoral, la Dra. Bueno Ramírez, de la *Universidad de Alcalá de Henares*, a mediados de los ochenta, según expresa en el prólogo de la primera obra– sobre la existencia de un neolítico pre-megalítico extremeño, y a revertir esta zona (de tardía y marginal) en contemporánea –según el propio autor– a los más antiguos yacimientos neolíticos peninsulares (algunos, como él, integrables en el “Neolítico Interior”), lo que daba pie a apostar por la validez de un “modelo caótico” –no del todo explicado– frente a otros paradigmas (Cerrillo Cuenca, 2005: 9 y 144-145). No

obstante, también en estos años se han esbozado otras reconstrucciones, diferentes a veces en importantes cuestiones de fondo, del Neolítico altoextremeño (González Cordero, 1996 y 1999, Jiménez Guijarro, 2000), y celebrado reuniones científicas que en sí mismas dan fe de la complejidad del tema (Cerrillo y Valadés, 2007).

En la Cuenca Media del Guadiana –a diferencia de la del Tajo– son las fases avanzadas del Neolítico las más trabajadas últimamente, por lo que, de hecho, existe un vacío de documentación importante, pero a la inversa de en tierras cacereñas, pues los ítems conocidos sólo permiten contemplar en la secuencia un Neolítico Tardío y otro Final –a partir de los sitios ya mencionados– (Enríquez Navascués, 1995). Murillo González (2007) ha retomado recientemente el problema a raíz del estudio de Torre de San Francisco (Zafra) y su “horizonte de las cazuelas carenadas”, integrando datos y proponiendo un sugerente estado de la cuestión en este sector bajoextremeño, más vinculado al Suroeste que al entorno meseteño, desde planteamientos más flexibles y sensibles a la diversidad cultural.

2.2.2. *El fenómeno megalítico*

La integración del poblamiento neolítico y las evidencias megalíticas ha sido una cuestión muy debatida, por razones lógicas, en los últimos tiempos; y en este sentido se han esgrimido diversas propuestas que son válidas en tanto hipótesis de trabajo (Bueno Ramírez, 2000; Prada Gallardo y Cerrillo Cuenca, 2003), pero no concluyentes por las importantes carencias empíricas aún existentes en nuestro solar. Dichas ideas, no obstante, son función de la importante carga de trabajo, en el campo y sobre la mesa, desplegada por un buen número de autores ligados a la exhumación física e intelectual del megalitismo extremeño. Enríquez Navascués se ha ocupado, en una reciente puesta al día –titulada precisamente *El Megalitismo en Extremadura* (Jiménez Ávila y Enríquez Navascués, 2000)–, de historiar prolijamente ese *continuum* de estudio desde sus orígenes hasta la década de los sesenta, donde el lector podrá entroncar con lo que aquí se exponga. No obstante, ha sido sobre todo a partir de los años ochenta cuando el estudio de este fenómeno megalítico ha tomado carta de naturaleza con las aportaciones, en particular, de Bueno Ramírez (desde 1987 hasta el presente); y más puntualmente de Carrasco Martín (1991 y 2000), Carrasco y Enríquez (1997 y 2000), Domínguez de la Concha y Méndez (1991), Enríquez y Carrasco (2000), Enríquez, Jiménez y Haya (1991-1992), González Carballo (1993), Montano Domínguez (1987), Ruiz-Gálvez Priego (2000)... entre otros trabajos que sumar a los de Diéguez Luengo y Rivero de la Higuera, de los setenta. Consideración especial nos merecen los estudios de J. Forte de Oliveira –sobre todo el completo *Monumentos megalíticos da Bacia hidrográfica do rio Sever-Monumentos megalíticos do rio Sever* (1997)–, y los trabajos de Galán y Martín (1991-1992; y en orden inverso en 2000) que han sugerido para los megalitos un carácter simbólico territorial en el contexto de las llamadas “comunidades de paso”.

Pero, como decíamos, ha sido P. Bueno Ramírez quien, con la redacción de su tesis doctoral *Megalitismo en Extremadura* (1987), y un año después en *Los dólmenes de Valencia de Alcántara*, ha sentado las bases tipológicas y evolutivas de esta arquitectura. Su trabajo de 1987 en la reunión *El Megalitismo en la Península Ibérica* permitió caracterizarlo en su variedad –como a la vez proponía Hurtado Pérez–, incidiendo sus últimos estudios (2000, 2008) en la necesidad de replantear el desarrollo en el tiempo del polimorfismo arquitectónico patente en Extremadura. Mayores han sido las diferencias entre Bueno –por una parte– y Hurtado y Enríquez; autores estos últimos que más bien tendían a vincular el fenómeno a influjos portugueses y fechas tardías (1986), acercándose algo, sólo más recientemente (en publicaciones separadas, 1995), a los planteamientos de la profesora de Alcalá. Esta misma investigadora, a veces junto a otros autores, se ha ocupado también en diversas ocasiones del estudio

del arte megalítico, las estatuas-menhir y la estructuración simbólica de los espacios de vida y muerte, como ha sucedido en su reciente edición sobre el registro gráfico y las tumbas de las poblaciones megalíticas del Tajo Internacional (Bueno, Barroso y Balbín, 2008).

2.2.3. *El Calcolítico*

En la introducción de *El Calcolítico o Edad del Cobre de la cuenca extremeña del Guadiana: los poblados* (1990), anotaba su autor, J. J. Enríquez Navascués, cómo “hace sólo diez años apenas si se conocía alguno y aún no estaba la investigación en condiciones de identificar un Calcolítico o E. del Cobre en la provincia de Badajoz”. Si la tesis doctoral –leída en la *Universidad de Sevilla*– de V. Hurtado Pérez, *El yacimiento de La Pijotilla (Badajoz). Estudio de las relaciones culturales*, supuso en 1984 un primer paso, al definir un yacimiento representativo del Calcolítico Pleno, con sus fases pre y campaniforme, la de Enríquez Navascués –defendida en la *Universidad Complutense de Madrid* en 1987 y publicada después bajo el título ya indicado– significó la búsqueda de un marco general, a nivel provincial, tras la identificación de un buen número de yacimientos con materiales bastante homogéneos en sus diversas comarcas; objetivo que se acabaría alcanzando a partir de rastreos por toda la geografía pacense, prospecciones intensivas en la comarca de Mérida y el sondeo estratigráfico de algunos enclaves (Araya, Alangón, La Palacina...). Integrada en la realidad cultural del Suroeste del III milenio a.C., se ofrecía desde la estratigrafía horizontal una secuencia evolutiva coherente y, en particular, una reconstrucción diacrónica del poblamiento y la organización territorial de la comarca emeritense durante la Edad del Cobre.

Por su parte, Hurtado Pérez ha venido desarrollando tras su tesis un intenso proyecto de prospección y excavaciones en torno a La Pijotilla (Solana de Los Barros) (Hurtado y Mondéjar, 2009); y reconstruyendo la compleja estructura socio-política calcolítica en Tierra de Barros (Hurtado Pérez, 1995; García Sanjuán y Hurtado Pérez, 1995), que no parece del todo coincidente con la emeritense, ni con la que últimamente se defiende para la cercana Vega del Harnina (Murillo González, 2008). Una mayor definición de la estructura de los asentamientos también se ha venido abordando a partir de la excavación de La Pijotilla (Hurtado, 1988 y 1991), Los Cortinales (Gil-Mascarell y Rodríguez Díaz, 1986 y 1988), Los Castillejos (Fernández, Saucedo y Rodríguez, 1988), Palacio Quemado (Hurtado y Enríquez, 1991), San Blas (Hurtado Pérez, 2004)... También debemos hacernos eco aquí –prescindiendo de otros títulos en una ya vasta bibliografía– de los trabajos sobre los ídolos (Hurtado Pérez, 1978, 1980 y 1981; Enríquez Navascués, 1983; Enríquez y Rodríguez, 1990), la industria metálica (Hurtado y Hunt, 1999), el Campaniforme (Hurtado Pérez, 2005), el espectacular mundo funerario calcolítico bajoextremeño (Hurtado Pérez, 1986 y 1987; Hurtado *et al.*, 2000; Blasco y Ortiz, 1991), o las recientes revisiones de la diversidad de su poblamiento (Enríquez Navascués, 2007).

El Calcolítico de la provincia de Cáceres, a cuyo estudio se viene dedicando intensamente desde hace más de dos décadas A. González Cordero (en una extensa bibliografía, destacaríamos tal vez su trabajo presentado al *I Congreso de Arqueología Peninsular*, publicado en 1993), también ha experimentado un indiscutible avance, aunque ligeramente más tardío. Ello no es óbice para reconocer el gran interés de las investigaciones desarrolladas, sobre todo, en Plasenzuela y su entorno, que han reportado estratigrafía y un buen conocimiento de las estructuras habitacionales (González y Alvadado, 1988; González, Castillo y Hernández, 1991).

Todos estos trabajos han venido sugiriendo que el Calcolítico representa la primera ocupación estable y general del territorio que hoy es nuestra comunidad autónoma, con una proyección del fenómeno poblador ya desde el Neolítico Final en sentido sur-norte; pero desde el presente –una atalaya que nos parece excesivamente ventajista y no siempre cargada de

razones— alguna vez ha venido lamentando la inspiración difusionista y colonialista de la propuesta publicada por V. Hurtado en 1995 (Cerrillo Cuenca, 2005: 161-162). A lo sumo, desde nuestro punto de vista —y entendiendo, desde el máximo respeto a todas las opiniones, que cada investigación es hija de su tiempo— sólo cabría reclamar que, desde la oportunidad que en el presente ofrecen las nuevas intervenciones de urgencia y sistemáticas, se pusieran las bases para caracterizar más sólidamente, a partir de muestreos bio-arqueológicos, la deficitariamente conocida paleoeconomía de la Edad del Cobre, como se están tratando de definir —gracias a los estudios arqueométricos en curso de Hurtado y Odriozola— los patrones de producción e intercambio de objetos cerámicos.

2.2.4. *El arte rupestre esquemático*

Siguiendo a una fase previa de gran actividad de campo —en la que, como ya se apuntó, transitaron por nuestra región algunos de los principales investigadores españoles y europeos—, tras la involución que supone la Guerra Civil el estudio sobre nuestro arte rupestre postpaleolítico resulta, aunque voluntarioso, anecdótico hasta prácticamente los años setenta, en que se vuelven a encontrar trabajos de una cierta entidad, como el de Rivero de la Higuera (1973), aunque muy marcados por el fuerte peso de las teorías orientalistas. Pero son sobre todo los años ochenta y noventa los que testimonian una mejora en la cantidad y calidad de la investigación, ligada a veces al propio ritmo de la elaboración de cartas arqueológicas, o a la realización de tesinas y tesis en entornos universitarios (García Arranz, 1990; Sevillano San José, 1991; Benito y Grande, 1995; Ortiz Macías, 1997; Collado Giraldo, 1997; Martínez Perelló, 2000; González Cordero, 2000), centradas en la pintura y el grabado de diferentes comarcas (Villuercas, Hurdos, Mérida, Alburquerque, Serena, Montes, etc.). A nivel interpretativo, la clásica percepción sacra se ha enriquecido con otras que comienzan a ponderar los factores espaciales y territoriales, de género o semiológicos, resultando de ello posturas eclécticas; en tanto a nivel cronológico sigue considerándose amplio (aunque sobre todo centrado en las edades del Cobre y del Bronce) su espectro de vigencia (Collado Giraldo, 2006: 28-29). Destaca en los últimos años —2005 y 2007— el comienzo de la publicación del *Corpus de Arte Rupestre en Extremadura*, coordinado por H. Collado Giraldo y J. J. García Arranz.

2.2.5. *La Edad del Bronce*

Todavía a la altura de 1990, J. J. Enríquez consideraba, en su intervención en el encuentro sobre *La cultura tartésica y Extremadura* celebrado en el *M.N.A.R.* de Mérida, la Edad del Bronce como “un enigma de difícil solución”. Algo que, de entrada, podría parecer sorprendente, habida cuenta de que la introducción de la prehistoria reciente y protohistoria extremeñas en el debate historiográfico peninsular había llegado en 1977 de la mano de un afamado trabajo titulado precisamente *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, firmado por M. Almagro-Gorbea; y de la abundante bibliografía ya disponible sobre orfebrería, metalurgia y estelas de guerreros. Pero, básicamente, lo que se trataba de enfatizar con aquella elocuente expresión era el vacío arqueológico que en gran medida afectaba al II milenio a.C. y aún al poblamiento del final de la Edad del Bronce.

Es cierto que sobre el Bronce Antiguo-Pleno, y en lo referente sólo a la provincia de Badajoz, a mediados de los ochenta habían comenzado a darse a conocer algunas manifestaciones funerarias, en tumba circular o en cista (Hurtado Pérez, 1985 —información ampliada en Hurtado y García, 1994—; Gil-Mascarell, Rodríguez y Enríquez, 1986), que, pese al desconocimiento sobre los hábitats, parecían ratificar la vinculación cultural de este espacio al “Bronce del Suroeste”; algo que ya intuyera en los setenta H. Schubart —del *Instituto Arqueo-*

lógico Alemán– con sus trabajos a propósito de unos enterramientos secundarios en Colada de Monte Novo (Olivenza). Después, y en relación con el poblamiento del Bronce Final, Enríquez Navascués (1990) trató de articular un panorama general para la Baja Extremadura a partir de materiales recuperados, esencialmente, en superficie. Dos imágenes, en suma, difícilmente integrables en un discurso coherente sobre la Edad del Bronce.

Hacia 1995, I. Pavón Soldevila pretendió ofrecer en su tesis doctoral –defendida en la *Universidad de Extremadura* y publicada en 1998 con el título *El tránsito del II al I milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: la Edad del Bronce*– un acercamiento al proceso que discurre precisamente entre ambas realidades. Para ello, fue necesaria la obtención de una secuencia –en lo que resultaron determinantes la estratigrafía (con niveles de la transición Cobre-Bronce, Bronce del Suroeste, Bronce Tardío y Final) y dataciones radiocarbónicas extraídas en los sondeos practicados en el poblado del Cerro del Castillo de Alange (Pavón Soldevila, 1994, 1995 y 1998)–, la revisión de toda la información antigua disponible (recuperando materiales excavados de antiguo y jamás publicados), la búsqueda de nuevas evidencias de ocupación a lo largo de ambas provincias, y un estudio de la gestión de los recursos realizada desde dichos poblados, en función de sus potencialidades y datos bio-arqueológicos. El resultado fue un estudio diacrónico y pautado (a) del poblamiento, que ofrece facies diversas en ambas cuencas fluviales, dentro de una estructuración territorial también variable, aunque claramente en vías de jerarquización en determinadas zonas y en los momentos más avanzados; (b) de los factores económicos y políticos que lo determinaron; y (c) de la sociedad que lo generó, ofreciéndose por primera vez el contexto sociocultural –la realidad más cotidiana diríamos– del mundo de las estelas, los oros y los bronceos, es decir, de los deslumbrantes ítems extremeños por todos conocidos.

Precisamente en esos años se había profundizado también en el estudio de algunos de esos tesoros áureos (Enríquez Navascués, 1991 y 1995) y estelas. Dejando a un lado los numerosos artículos sobre las nuevas apariciones o los motivos concretos de su iconografía, las estelas extremeñas han sido objeto de varias revisiones globales que, por superar las sistematizaciones clásicas de Almagro Basch (1966) y Almagro-Gorbea (1977), merecen reseñarse aquí. Entre ellas destacamos las de Barceló (1988) –el primer estudio desde la estadística–, Celestino Pérez (1990 y 2001a) y Galán Domingo (1993), todas prestando atención particular a su geografía, aunque con conclusiones divergentes. Algo más recientes son las revisiones de Enríquez Navascués (2007) y R. J. Harrison (2004), más sensibles a los matices ideológicos. En este sentido, la obra del profesor de la *Universidad de Bristol* integra por primera vez los avances sobre el poblamiento obtenidos en los años noventa, cimentando en la defensa de un territorio jerarquizado su sugerente reconstrucción sobre la “ideología de jefatura” que subyace en todo ese mundo.

Junto a ello, varios han sido los aspectos en los que ha profundizado la investigación. En lo referente al mundo funerario, además de darse a conocer la necrópolis de Las Arquetas (Fregenal de la Sierra) (Enríquez y Carrasco, 1995), en el entorno de Tierra de Barros el estudio de la de Las Minitas (Almendralejo) ha permitido un acercamiento a los patrones demográficos, rituales y sociales de una comunidad rural del Bronce del Suroeste (Pavón Soldevila, 2002-2003 y 2008). En relación con los patrones de asentamiento, los nuevos trabajos en Alange, con la exhumación de un gran almacén de cereal presentado preliminarmente en el *IV Encuentro de Arqueología del Suroeste* celebrado en 2008 en Aracena (Pavón Soldevila *et al.*, 2010), han permitido comenzar a caracterizar los sistemas de ocupación en ladera del Bronce del Suroeste, dotando a éste, a nivel arquitectónico, de una dimensión inédita susceptible de ulteriores implicaciones socio-políticas. Igualmente, el descubrimiento del campo de hoyos de El Carrascalejo (Enríquez y Drake, 2007) ha supuesto la identificación de un novedoso horizonte proto-cogotas en la comarca de Mérida. El mayor peso de esta componente

meseteña, a la luz de este hallazgo y de otros de Alange, es una posibilidad que –aunque hasta ahora sugerida con materiales cerámicos procedentes de superficie, o de contextos revueltos y poco fiables (Barroso y González, 2007; Cerrillo, González y Heras, 2008)– no habría que descartar en el Bronce de la provincia de Cáceres.

Particularmente intenso –para concluir con este extenso apartado dedicado a la prehistoria reciente– ha sido también el trabajo conducente a una mejor definición del Bronce Final en la “mesopotamia extremeña”. Al margen de visiones generales, que apuestan por la temprana integración de este espacio en las redes atlántico-mediterráneas merced a un modelo autóctono de organización simbiótica del territorio sustentado en la coordinación de un entramado de jefaturas complejas (Pavón Soldevila, 1999) –y prescindiendo de otros artículos– destacaríamos la trilogía que forman las memorias de las excavaciones en la Sierra del Aljibe de Aliseda (Rodríguez y Pavón, 1999); El Risco de Sierra de Fuentes (Enríquez, Rodríguez y Pavón, 2001); y la primera campaña en el poblado y la explotación de casiterita del Cerro de San Cristóbal de Logrosán (Rodríguez Díaz *et al.*, 2001), clave para documentar la pujanza de un sector, el minero-metalúrgico, sin el que no puede entenderse la integración de Extremadura en Tartessos.

2.3. LA PROTOHISTORIA

Como hemos comentado anteriormente, los más célebres enclaves de la protohistoria extremeña –Medellín y Cancho Roano– habían sido ya puestos de moda entre los especialistas, que no entre el gran público, a finales de los setenta y comienzos de los ochenta. Sin embargo, en modo alguno puede decirse que los tiempos protohistóricos estuvieran a esas alturas suficientemente conocidos. Es cierto que la aparición de extraordinarios tesoros –como el de Aliseda en 1920–; la vinculación al siempre mitificado reino de Tartessos, que parecían sugerir antes los objetos de prestigio aislados (jarros, joyas, etc.) y ahora los propios yacimientos; e incluso la atractiva resonancia que el mero nombre de los pueblos prerromanos (lusitanos, vettones, célticos y túrdulos) producía, hicieron de la siempre apartada Extremadura una exótica tierra de promisión. Pero la historia –pese al notable esfuerzo de Almagro-Gorbea (1977: 483-509) en la “conclusión” de *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*– estaba aún, en gran parte, por escribirse. Desde entonces hasta hoy, un mar de bibliografía –entre la que, aun a riesgo de dejar algunos trabajos en el anaquel, tendremos que navegar sólo selectivamente– testimonia el importante esfuerzo invertido en la reconstrucción del proceso, tan complejo como atrayente y aún en el presente tan sembrado de interrogantes, que surcando el I milenio a.C. discurre hasta el sometimiento a Roma. Un proceso general, a veces sintéticamente estudiado en algunos de sus aspectos, como la etnogénesis (Celestino, Enríquez y Rodríguez, 1992) o el mundo funerario (Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués, 1992), que adolecía hasta fechas muy recientes de visiones amplias y actualizadas. Las actas del ya aludido encuentro *La cultura tartésica y Extremadura* (1990), *Extremadura, un espacio periférico y fronterizo en la Protohistoria del Suroeste* (Rodríguez Díaz, 1995 aunque publicada en 2002), *Extremadura protohistórica: paleoambiente, economía y poblamiento* (1998) –de la que hablaremos después–, o la también ya comentada *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico* (2001), constituyeron claros intentos de hacer frente a ese reto.

2.3.1. La Primera Edad del Hierro

Hablar del Hierro I en Extremadura es hacerlo de la “orientalización” de la población residente a partir del flujo de ideas y/o el contacto directo con gentes meridionales o incluso coloniales –es decir, orientales– adentradas hasta estas tierras. Aunque en el presente consti-

tuye aún objeto de vivo debate el mayor o menor peso de unos u otros, para la globalidad de Tartessos están plenamente asumidas las transformaciones, de índole sociopolítica, económica, ideológica y cultural que todo ello conllevó. La periferia extremeña, extensa y variopinta en paisaje y recursos, jugó el papel de reserva económica de Tartessos, entablando con el Medio-Bajo Guadalquivir y Huelva –e incluso también con el mediodía luso– una estrecha relación, aún en los albores de una economía mercantilizada, de hondas consecuencias. A fin de cuentas, el Orientalizante es la etapa que mayor esfuerzo investigador ha acaparado en los últimos cuarenta años, significando el último cuarto de siglo, sobre todo, la calibración de la entidad de la “mediterraneización” de Extremadura, la pulsión de sus ritmos y la definición de los sugestivos procesos de transformación sociopolítica y económica que aquí se dieron; cuestiones éstas que bien merecen un análisis historiográfico algo más detallado.

Justo es reconocer, no obstante, que la protohistoria extremeña –como ya se expresara en un trabajo anterior (Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués, 2001: 36)– ha sido valorada, en la mayor parte de las ocasiones, a través de modelos explicativos e historiográficos gestados en otros ámbitos geográficos mejor conocidos⁵ y, por consiguiente, de espaldas a aquellos rasgos del territorio que, como su mencionado carácter diverso y periférico en la geografía del Suroeste, debieron jugar un papel esencial en la configuración de su perfil cultural. La reflexión progresiva sobre estas cuestiones ha sido el punto de apoyo para que a nivel historiográfico se haya pasado, sin ir más lejos, de considerar el escenario de la actual Extremadura como mera “área de expansión o difusión” –tal y como se veía hace sesenta años a esta suerte de *finis terrae* de una todavía imprecisa región tartésica– a “esfera de interacción” en el marco de las relaciones atlántico-mediterráneas. Aunque este cambio es fruto de una dinámica gradual de investigación –que en esencia arranca en los años cincuenta, con la activación de un cierto interés por estas tierras motivado por los primeros trabajos sobre los bronce y la orfebrería orientalizantes de A. García y Bellido, A. Blanco y E. Cuadrado– debe subrayarse la trascendencia que para él tuvo la publicación de *El Bronce Final y el Período Orientalizante de Extremadura* (Almagro-Gorbea, 1977), referencia historiográfica ineludible donde se reafirma la personalidad propia de esta zona –profundamente aculturada, desde la perspectiva de su autor– en el cuadrante suroccidental; y en especial el –desde nuestra óptica– perspicaz análisis de la Dra. M. E. Aubet Semmler en la ponencia “El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción”, pronunciada en el ya mencionado encuentro sobre *La cultura tartésica y Extremadura* (Mérida, 1990). Un análisis este último partidario, por el contrario, de una orientalización selectiva, benefactora en primer lugar de una élite o aristocracia controladora de los recursos, y enmarcada en una dinámica económico-comercial parecida a la sostenida en los modelos euro-mediterráneos del tipo “Centro-Periferia”. Modelos que –a diferencia de los paradigmas histórico-culturales, fuente de inspiración, según algunos, de esta forma de neo-difusionismo– confieren precisamente una cierta iniciativa histórica a las poblaciones residentes de las periferias y los márgenes del sistema, incentivando, de esa forma, su estudio individualizado en cada geografía. Anotaba la profesora de la *Universidad Pompeu Fabra de Barcelona* al final de su intervención, plenamente consciente de las limitaciones del registro de entonces, que el análisis de los ingredientes y las fases de ese proceso constituía una de las asignaturas pendientes de nuestra arqueología protohistórica.

Hasta no hace mucho, Cancho Roano era prácticamente el único hábitat de la Primera Edad del Hierro excavado en nuestra región, apenas muestra de una de esas “asignaturas

⁵ De hecho, el “Orientalizante”, término con el que se designa a la Primera Edad del Hierro en el mediodía hispano, no es sino el nombre de un proceso –similar, aunque con matices– que por las mismas fechas (siglos VII-VI a.C.) se produce en Etruria y el Lacio.

pendientes”: el estudio del poblamiento. Objeto de la viva curiosidad de D. Juan Maluquer de Motes, las primeras intervenciones de campo en el afamado túmulo de Zalamea de La Serena datan del otoño de 1978. En palabras del investigador barcelonés, vertidas en la presentación de la primera memoria de excavaciones en el yacimiento, “su interés para el P.I.P.⁶ se cifraba en la posibilidad de estudiar por primera vez materiales extremeños fechables en el siglo IV a.C., que permitirían establecer un posible enlace de la etapa orientalizante, con realizaciones extremeñas tan ricas como La Aliseda, Medellín, Valdegamas, etc. y la romanización”. Tal era, por aquel entonces el ralo paisaje de nuestra protohistoria... “El trabajo en la cuenca del Guadalquivir –prosiguen palabras del profesor Maluquer– nos llevó a la convicción de que era preciso ampliar el campo de estudio a la cuenca del Guadiana y en general a las tierras extremeñas. Veíamos de modo claro que para el conocimiento de las comunidades del sur faltaba un elemento, un componente si se quiere. Ese componente era precisamente el que de modo lógico debía controlar la rica minería occidental que constituía una de las razones económicas de mayor peso en la evolución de las sociedades protohistóricas”. Hacia 1986 –en la presentación de la tercera de sus monografías– se sinceraba de esta guisa: “cuando en 1978 decidimos ampliar la investigación que llevábamos a cabo en Cataluña y Andalucía a Extremadura y aplicarnos a la arqueología del Guadiana, no podíamos sospechar que pasaríamos siete años pendientes de un solo yacimiento. Cancho Roano”; palabras que traslucen la “gran obsesión” –como certeramente la definió S. Celestino (2000: 47)– y el desafío intelectual que hasta el final de su vida llegó a representar este singular yacimiento. A lo largo de ella –con datos del propio Celestino Pérez, continuador de las excavaciones y en gran medida (superando la “teoría de las cremaciones”) de sus planteamientos tras el fallecimiento de Maluquer en 1988– éste había dedicado once años, catorce campañas de excavación, tres memorias y una quincena artículos al estudio de lo que, por encima de cualquier otra consideración, interpretó como un santuario. La “nueva época” de Cancho Roano –los últimos veintitrés años– ha supuesto la exhumación total del monumento, que ha ganado en complejidad y diacronía, el intenso estudio de sus materiales (Celestino Pérez y Jiménez Ávila, 1993; Celestino Pérez, 1996, 2001b y 2003) y la aparición de interpretaciones alternativas a su función. En este sentido, sendos artículos encabezados por M. Almagro-Gorbea (en el mismo 1988, y en 1990), junto a su propio discurso de ingreso en la *Real Academia de la Historia* (Madrid, 1996), expusieron la hipótesis sobre la dimensión palacial del complejo, clave –en su opinión– “para analizar la organización social y precisar el origen, las características y la evolución de las estructuras ideológicas y de poder del mundo tartesio”.

En diciembre de 1990, A. Rodríguez Díaz y P. Ortiz Romero estrecharon, tras varias visitas que datan de antiguo, su relación con el edificio protohistórico de La Mata (Campanario), planteando unos sondeos en el túmulo que muy pronto –corroborando los vaticinios del propio Maluquer– se revelaría como un “nuevo Cancho Roano”. Desde esa fecha, y mediante varios Proyectos de Investigación nacionales y autonómicos⁷, abordados en intensos años de trabajo de campo que concluyeron sólo en 2002, se procedió a la definición (a) del asentamiento en sus aspectos generales y organizativos a nivel microespacial; (b) de su entorno paleopaisajístico y económico, a través de la constatación en el mesoespacio de sus territorios

⁶ Programa de Investigaciones Protohistóricas, desarrollado entre el Dpto. de Prehistoria y Arqueología de la Institución Milá y Fontanals –C.S.I.C., Barcelona– y el Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona.

⁷ *Paleoambiente y Economía durante el I^{er} milenio a.C. en Extremadura* (D.G.I.C.Y.T. PB93-0415); *Investigación y Desarrollo (I+D) en la comarca de La Serena (Extremadura): el complejo arqueológico de “La Mata” (Campanario, Badajoz)* (1FD97-1554); y *Agricultura, procesamiento y almacenaje en la Extremadura Protohistórica* (IPR-00C034).

de explotación y captación; (c) de su espacio simbólico, gracias a la excavación en la cercana necrópolis tumular; y (d) del territorio político, a nivel macro, con el estudio de los patrones de asentamiento en la comarca de La Serena-Vegas Altas, sus relaciones y el marco histórico en que se desarrollaron estos edificios (Rodríguez Díaz y Ortiz Romero, 1998; Rodríguez, Ortiz y Pavón, 2000; Rodríguez Díaz, 2004). Pero más allá de redimensionar la extensión del fenómeno, con la documentación de ítems similares en Vegas Bajas (Duque Espino, 1998 y 2001), el suroeste pacense o el norte cordobés (Rodríguez Díaz, 1995), se puede decir que dos han sido las consecuencias inmediatas del proyecto: su vinculación a un fenómeno inédito en la discusión de este tipo de manifestaciones, como es el de la “señorialización del campo” con la eclosión de las aristocracias rurales terratenientes –verdadera temática transversal de buena parte de nuestro I milenio a.C., como recientemente se ha puesto de manifiesto en *Campesinos y señores del campo. Tierra y poder en la protohistoria extremeña* (Rodríguez Díaz, 2009a)–; y la adscripción de su verdadero tiempo histórico, el Postorientalizante.

Además de incidir en un mejor conocimiento del territorio de La Mata (Rodríguez Díaz *et al.*, 2007) y los paisajes agrarios protohistóricos –*Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular* (Rodríguez Díaz y Pavón Soldevila, 2007)–, los objetivos de este grupo de investigación se han orientado en los últimos años a la caracterización del mundo rural propiamente orientalizante y del origen de las relaciones de dependencia clientelar, sobre todo mediante las excavaciones y prospecciones desarrolladas en torno a Cerro Manzanillo (Villar de Rena)⁸. Este caserío, como otros reconocidos en las prospecciones, llegó a formar parte del poblamiento rural jerarquizado por Medellín, permitiendo caracterizar el hábitat y el modo de vida de un grupo campesino integrado en el proyecto político de colonización agraria impulsado desde dicho *oppidum* (Duque Espino, 2007; Rodríguez, Duque y Pavón, 2009; Rodríguez Díaz, 2010). Los caseríos o granjas –que también han empezado a conocerse en los últimos años en otros escenarios (Rodríguez, Chautón y Duque, 2006; Sanabria Murillo, 2008)– han venido a completar, junto con las aldeas (Jiménez Ávila y Ortega Blanco, 2001), un panorama hasta ahora sólo dibujado por poblados en alto u *oppida*, como el antedicho o el del Cerro de La Muela de Badajoz (Enríquez Navascués *et al.*, 1998), y algunos enclaves en el llano mal conocidos y de difícil valoración.

La necrópolis asociada precisamente al *oppidum* de Medellín, excavada en 1969-1970, 1982 y 1985-1986, tras algunos estudios preliminares (Almagro-Gorbea, 1991), ha sido publicada con detalle sólo recientemente. Así, hoy es posible conocer los hallazgos de la excavación (Almagro-Gorbea, 2006), el estudio de sus materiales (Almagro-Gorbea, 2008a), los diversos análisis antropológicos, arqueométricos y radiocarbónicos efectuados, la interpretación en términos topográficos, paleodemográficos y rituales que posibilita, y hasta el marco territorial en el que –en opinión de sus excavadores– debe contextualizarse (Almagro-Gorbea, 2008b). Se consolida, de este modo, como la mejor guía para el estudio del mundo funerario urbano, y referente espejador de su poblado protohistórico, deficitariamente conocido –salvo por algún trabajo aislado (Almagro-Gorbea y Martín, 1994; Jiménez y Haba, 1995)–, dicho sea de paso, más acá de los sondeos de comienzos de los setenta. A la cercana necrópolis rural de Mengabril se sumó en su día, también en la provincia badajocense, la de la Desembocadura del río Aljucén (Enríquez y Domínguez, 1991; Enríquez Navascués, 1991); pudiéndose abordar la necroarqueología del Hierro I en Cáceres a través de la necrópolis de Villanueva de la Vera (Celestino Pérez, 1999) y, tal vez, la documentación de Talavera la Vieja (Jiménez Ávila, 2006).

⁸ Estudios realizados, en este caso, en el marco de los Proyectos *El mundo rural en la protohistoria del Suroeste peninsular: la Cuenca Media del Guadiana* (M.E.C. I+D. HUM2005-02900-HIST) y *La colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio y su evolución posterior* (III P.R.I.+I+DT. Junta de Extremadura. PRI07A032).

Además de la pervivencia orientalizante de algunos enclaves ya referidos –Aliseda, El Risco–, la provincia altoextremeña ha generado también el tipo de yacimiento, ciertamente atractivo, que representa El Torrejón de Abajo. Habida cuenta de los dispares discursos que ha inspirado (García-Hoz, 1991; García-Hoz y Álvarez Rojas, 1992; Jiménez Ávila, 1998; Jiménez Ávila y Ortega Blanco, 2008), queda claro que la adecuada interpretación del tipo que representa debe ser prioritaria en un futuro no muy lejano.

Como corolario, podríamos concluir conviniendo que, desde comienzos de los noventa hasta hoy, la construcción del Hierro I extremeño se ha visto enriquecida por (a) el estudio del fenómeno en varios yacimientos, a veces excavados en extensión y en su totalidad, que responden a distinta tipología y se encuentran dispersos a su vez en diferentes comarcas; (b) prospecciones en el entorno de algunos enclaves emblemáticos, que han aportado una perspectiva más ajustada y realista del poblamiento en los niveles meso y macroespaciales; (c) actualizaciones de la periodización interna (con la distinción entre una fase transicional Bronce Final-Orientalizante Antiguo, otra de apogeo en el Orientalizante Pleno, y una última de transformación en el llamado Postorientalizante); (d) reconstrucciones paleoambientales y económicas, que inciden a nivel climático en un período mayor humedad ambiental y, a nivel económico, en una importancia cada vez mayor de la tierra, los cultivos cerealistas y, a la postre, la arboricultura; y (e) interpretaciones de los modelos socio-políticos imperantes, con la aparición de un marco de relaciones clientelares que es sostén de modelos jerárquicos y/o heterárquicos espacial y diacrónicamente diferenciados (Rodríguez Díaz, 2009a).

Al margen de todo ello, no queremos dejar de mencionar, por su interés historiográfico, la vinculación de algunos investigadores –hoy integrados en el *Instituto de Arqueología del C.S.I.C.*, institución de titularidad estatal-autonómica-local con reciente implantación en Mérida– tanto a la sistematización de parte de su cultura material (Jiménez Ávila, 2002; Jiménez Ávila y Ortega Blanco, 2004) como a la organización de varias reuniones científicas sobre esta etapa de nuestra protohistoria (Ruiz Mata y Celestino Pérez, 2001; Celestino Pérez y Jiménez Ávila, 2005; Jiménez Ávila, 2008), que se suman a otros trabajos por ellos firmados y ya aludidos.

2.3.2. *La Segunda Edad del Hierro y el contacto con Roma*

La “crisis del cuatrocientos” (Rodríguez Díaz, 1994) es un concepto historiográfico que hace alusión al desmembramiento de la sociedad orientalizante del Hierro I en Extremadura, y a su sustitución por un nuevo modelo social, económico y político representado básicamente por los pueblos prerromanos de la Segunda Edad del Hierro, dentro de una percepción global de la protohistoria extremeña donde no son mutuamente excluyentes los procesos de continuidad y ruptura cultural. En el momento actual, no es la única hipótesis global sobre su génesis, pues frente a ella otros investigadores han apostado más bien por la existencia de complejos procesos acumulativos, de honda raíz, tras los que finalmente emergería la identidad de célticos (Berrocal Rangel, 1992) y lusitanos (Martín Bravo, 1999) principalmente, retroalimentándose en un planteamiento absolutamente continuista de Almagro-Gorbea, a favor de “la Cultura de los *Oppida*” de Extremadura, desarrollada al menos desde 1994. No es, como bien se sabe, Extremadura un caso único de debate historiográfico sobre los orígenes, pues también para la Turdetania, lindera y aun “extremeña” en sus confines norteños, los trabajos de J. L. Escacena y M. Belén se han venido haciendo eco de una problemática con ciertas similitudes.

Pese a que ya en los setenta vieron la luz algunos estudios sobre Villasviejas del Tamuja (Hernández Hernández, 1970), Sansueña (Aliseda) (Sánchez Abal, 1979) o incluso el Medellín prerromano (Almagro-Gorbea, 1977), bien puede decirse que el debate actual no es sino la

maduración de una investigación, con un duro y en general sólido trabajo de campo, emprendida en los ochenta como proyectos de tesis doctorales por investigadores de diversos centros de educación superior. Desde la *Universidad de Extremadura*, A. Rodríguez Díaz abordó la primera caracterización del Hierro II en *El poblamiento prerromano de la Baja Extremadura* (1987; publicada en resumen en 1989 y, en extenso, en microfichas en 1996), donde a partir de una intensa labor de prospección y excavación –Hornachuelos, Los Castillejos-2 de Fuente de Cantos, La Martela, enclaves a los que después se ha dedicado una amplia bibliografía– se procedió a definir el denso y tipológicamente diverso poblamiento céltico y túrdulo, su desconexión con las fases precedentes, su hábitat, tradiciones funerarias y cultura material –con una fuerte presencia del componente alentejano-meseteño– y una periodización que prolongaba la secuencia protohistórica de Medellín, con el consecuente replanteamiento del proceso histórico. L. Berrocal Rangel, de la *Universidad Autónoma de Madrid*, emprendió un proyecto de tesis, exitosamente concluido, sobre *Los pueblos célticos del Suroeste peninsular* (1992), analizando conjuntamente información arqueológica alentejana, onubense y pacense para sostener en base a ella –y al estudio de las fuentes grecolatinas– más bien una indoeuropeización acumulativa. Además, sus excavaciones en El Castrejón de Capote (Higuera la Real) han resultado determinantes para conocer aspectos urbanísticos y de la esfera ideológica prerromana en el contacto con el mundo romano (Berrocal Rangel, 1994, 1995 y 1998). Los pueblos prerromanos de la Alta Extremadura, vettones y lusitanos, recibieron también atención en los trabajos académicos de J. Álvarez-Sanchís y A. Martín Bravo, de la *Universidad Complutense de Madrid*, base –entre otras– de sendas publicaciones fechadas en 1999. En relación con los primeros, no pueden dejar de anotarse igualmente las tesis de G. López Monteagudo (1983) y, más cercana a las maneras de los estudiosos de la Historia Antigua, de E. Sánchez Moreno (1995).

Al margen de estas tesis doctorales, trabajos arqueológicos o estudios de diversa entidad se han desarrollado también en poblados como La Ermita de Belén (Zafra) (Rodríguez Díaz, 1991), El Castillo de la Morería (Jerez de los Caballeros) (Carrasco Martín, 1991), El Cerro de la Muela de Badajoz (Berrocal Rangel, 1994; Enríquez Navascués *et al.*, 1998), Medellín (Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994), Hornachuelos (Ribera del Fresno) (Rodríguez Díaz, 1991), La Tabla de Las Cañas (Capilla) (Domínguez de la Concha y García Blanco, 1991), Villasviejas del Tamuja (Hernández Hernández, 1993; Ongil Valentín, 1991), El Jardiner (Valencia de Alcántara) (Bueno Ramírez *et al.*, 1988), La Coraja (Aldeacentenera) (Redondo, Esteban y Salas, 1991), Santiago del Campo (Esteban Ortega y Salas Martín, 1988), Castillejo de la Orden (Alcántara) (Ongil Valentín, 1988), etc. A propósito del mundo funerario, peor conocido, pueden anotarse los trabajos, sobre Botija y el Castillejo de la Orden de Alcántara, de F. Hernández (1991 y 1994), Hernández y Galán (1996), y Esteban, Sánchez y Fernández (1988). Las cerámicas pintadas y grises del Tajo y el Guadiana extremeños fueron estudiadas, respectivamente, por R. Cabello Caja (1991-1992) y A. Hernández Carretero (1993 y 1995), los bronceos por Almagro-Gorbea (1985 y 1995); y las nuevas joyas áureas de Segura de León por Enríquez y Rodríguez (1985); no faltando tampoco estudios sobre numismática, epigrafía, o incluso el novedoso arte en grabado parietal, que constituye tal vez su faceta más desconocida (Domínguez García y Aldecoa Quintana, 2007). Algunas visiones generales sobre el proceso histórico se deben también a Rodríguez Díaz (1993, 1994 y 1995) y Enríquez Navascués (1995).

En todos estos años, y restringiéndonos a un contexto regional, se han celebrado algunas reuniones científicas monográficas sobre el telón de fondo prerromano, como las tituladas *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana* (1993), *Celtas y Túrdulos: La Beturia* (1995) –ambas en el M.N.A.R. de Mérida– o *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación de Beira Baixa-Alto Alentejo-Cáceres (M.A.P.*

de Cáceres, 2009). Algunas de ellas remiten incluso al contacto entre los pueblos del Hierro II y Roma, problemática que ha dado pie a diversos modelos. En ese panorama se integran los planteamientos de Rodríguez Díaz (1995), sobre el papel jugado por los *oppida de la Beturia*, o los de Ortiz Romero (1991, 1995; con Rodríguez Díaz, 2004; y viceversa, 2003) sobre los recintos-torre de La Serena; que ofrecen una versión alejada del edulcorado relato vertido por otros autores a propósito de esa transición en la provincia de Cáceres (Calderón Fraile *et al.*, 2000).

3. LA INVESTIGACIÓN EN EL ÁREA DE PREHISTORIA DE LA U.EX. Y EL GRUPO DE ESTUDIOS PREHISTÓRICOS TAJO-GUADIANA (PRETAGU)⁹

En la configuración del *Área de Prehistoria de la Universidad de Extremadura* –y, particularmente, en la orientación esencial de su senda investigadora– hay un nombre propio que, no por citado sólo en contadas ocasiones a lo largo de las páginas precedentes, debe considerarse colateral. En absoluto. La trascendencia de Milagro Gil-Mascarell Boscà en la forma de afrontar el estudio de los tiempos prehistóricos puede considerarse, para quienes hoy formamos parte de este grupo, indeleble. La profesora Gil-Mascarell se convirtió en 1983 en la primera catedrática de Prehistoria de nuestra universidad, suponiendo su llegada “un auténtico revulsivo, un verdadero soplo de aire fresco –como ya manifestamos en el homenaje rendido a su memoria en 1995– para las primeras promociones que directamente contactaron con ella en las aulas o para quienes apenas las habíamos dejado”. Su compromiso desde 1984 con la construcción de la *Dirección General de Patrimonio* de nuestra *Comunidad Autónoma* no implicó la desatención de su magisterio investigador, pues sus conocimientos, capacidad crítica, contagiosa ilusión e independencia pronto incentivaron entre su alumnado la necesidad de reactivar, en el panorama de la arqueología regional, el estudio de temas como el Calcolítico, la Edad del Bronce, la pintura rupestre esquemática o el poblamiento prerromano, cuyos frutos hemos venido reseñado a lo largo de las páginas precedentes. Tampoco su regreso a la Cátedra de Prehistoria de la *Universidad de Valencia* habría de significar en 1986 su desvinculación con nuestra tierra, ni un adiós definitivo a sus investigadores. Al revés. Si en la presentación del libro *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento* (Rodríguez Díaz, 1998) ya quisimos dejar constancia escrita del decisivo impulso que la profesora Gil-Mascarell imprimió al proyecto investigador que lo hizo posible, de justicia es ahora reconocer que, además de ello, esas tres líneas de investigación, definidoras de buena parte de la actividad desplegada por el *Área de Prehistoria*, se deben también en gran medida a su firme trazo.

En *Extremadura Protohistórica...* se trató de asumir el desafío de contrastar la excepcionalidad y singularidad de los casos de Medellín y Cancho Roano en la encrucijada geográfico-cultural de la región extremeña, profundizando en tres líneas de trabajo (sobre el poblamiento, la economía y el paleoambiente) que auguraban un avance sustancial en el conocimiento y comprensión del I milenio a.C. Prescindiendo aquí de pormenorizar los resultados inmediatos de ese estudio –de pretensiones renovadoras en lo que atañe a la protohistoria regional–, lo que nos gustaría subrayar es la apuesta que todo ello significó en favor de la creación de un grupo interdisciplinar de amplio espectro y con capacidad formativa que, con las lógicas variaciones en su configuración desde entonces hasta hoy¹⁰, ha mantenido una continuidad de teoría

⁹ <http://www.unex.es/unex/grupos/grupos/pretagu>.

¹⁰ En sus distintos ámbitos, numerosas son las personas que han formado parte o colaborado estrechamente con este grupo investigador: A. Rodríguez Díaz, J. J. Enríquez Navascués, I. Pavón Soldevila, D. M. Duque Espino,

y praxis perceptible en los diferentes proyectos acometidos. Indudablemente, son diversos y complejos los factores que –afortunadamente– han conducido a la sustitución de una práctica arqueológica basada en “el individuo y su yacimiento” a otra cimentada desde “el grupo en torno a un proyecto”, y por razones obvias exceden nuestro propio ámbito; pero ha de reconocerse que la “interdisciplinariedad”, con la colaboración de otros estudiosos e instituciones, que constituyó entonces una elección premeditada, se ha afianzado –en un contexto a veces refractario– tras la recuperación de Área de Prehistoria en 1994 y el posterior reconocimiento del *Grupo de Estudios Prehistóricos Tajo-Guadiana (PRETAGU)*.

No hace falta insistir en el protagonismo concedido al poblamiento desde comienzos de los ochenta. Son abundantes, y extensivos a prácticamente todos los segmentos temporales de la prehistoria, los trabajos académicos o de investigación ya mencionados en que ello puede apreciarse. Evolucionando desde una Arqueología Espacial hasta otra más propiamente del Territorio o del Paisaje, el paso de los años ha dejado su huella en una concepción del poblamiento progresivamente más rendida a la evidencia de la fructífera combinación de excavación y prospección, y al peso que en el diseño de esta última cabe conceder a la geoarqueología. La atención a la economía prehistórica, otra inquietud de nuestro tiempo, ha requerido tejer un tapiz de colaboraciones con diferentes especialistas de dentro y fuera de Extremadura, que enriquecieran con método la interpretación que, a veces desde nuevos protocolos de actuación, podía hacerse de las muestras bioarqueológicas y los materiales exhumados en las excavaciones. Cabe mencionar, en este sentido, la resuelta presencia en memorias y síntesis de los estudios arqueofaunísticos de P. Castaños; de recursos geológicos de M. Ponce de León; o de arqueometalurgia de S. Rovira. En esa misma línea, la arqueobotánica, en sus diferentes subdisciplinas ha estado presente, matizando las visiones paleoeconómicas y paleoambientales, en las aportaciones de E. Grau, G. Pérez Jordà, F. Vázquez, etc. La necesidad de ir contando con investigadores que desde nuestra propia comunidad pudieran irse introduciendo en el cada vez más necesario mundo de la arqueometría ha motivado la reorientación de las trayectorias iniciales de algunos miembros del grupo; lo cual, es fácil de entender, no ha sido siempre un camino de rosas. En este sentido, no pueden olvidarse las tesis doctorales sobre palinología y antracología prehistóricas de Extremadura leídas en nuestra universidad por A. M. Hernández Carretero (*Paleoambiente y Paleoeconomía durante el I milenio a.C. en Extremadura*, 1999) y D. M. Duque Espino (*La gestión del paisaje vegetal en la Prehistoria y Protohistoria de la Cuenca Media del Guadiana a partir de la Antracología*, 2004). Además de las paleoeconómicas y ambientales, patentes en muchas de las memorias elaboradas por el grupo *PRETAGU*, las posibilidades de la Antracología han quedado manifiestas en la ya aludida memoria sobre *El edificio protohistórico de La Mata...*, posiblemente uno de los mejor conocidos desde el punto de vista paleoetnológico de todo el Suroeste. Un peso de las investigaciones paleobotánicas que puede percibirse, sin ir más lejos, en el reciente libro *La transformación histórica del paisaje forestal en Extremadura* (Ezquerro Boticario y Gil Sánchez, 2008), y que, como en los demás casos, siempre se han tratado de poner al servicio, con las lógicas dificultades, de la interpretación histórica. En relación con esto último, un trabajo que permite apreciar la metodología integral que, en síntesis, proponemos para la convergencia de todas estas líneas investigadoras es el recientemente publicado en el homenaje a D.^a Pilar Acosta Martínez, “Arqueología Rural, Territorio y Paisaje en la protohistoria del Guadiana Medio: una propuesta

P. Ortiz Romero, G. Barrientos Alfageme, M. Ponce de León Iglesias, E. Grau Almero, G. Pérez Jordà, A. Hernández Carretero, C. Cuenca García, F. M. Vázquez Pardo, S. Ramos Maqueda, D. García Alonso, J. Juan Tresserras, J. C. Matamala, P. M. Castaños Ugarte, C. Merideth, S. Rovira Lloréns, P. Gómez Ramos, I. Montero Ruiz, T. Pasíes Oviedo, T. Carrasco Gutiérrez, J. Márquez Gallardo, J. M. Murillo González, L. M. León González, D. Sanabria Murillo, etcétera.

metodológica” (Rodríguez Díaz, 2009b), testimonio de una filosofía, con su práctica, que venimos abordando desde nuestro origen como grupo investigador.

Pero el círculo de estos veinticinco años no puede cerrarse sin una breve y necesaria mención a la historiografía. Síntoma del grado de madurez de una disciplina –y a la vez muestra de una actitud saludablemente crítica con el pasado–, también el estudio historiográfico ha venido a convertirse en los últimos tiempos en línea de investigación del grupo PRETAGU. *Los orígenes de la institucionalización de la Arqueología en Extremadura: la Comisión de Monumentos de Badajoz en su etapa antigua (1844-1865)* (2000) e *Institucionalización y crisis de la Arqueología en Extremadura. La Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Badajoz y Subcomisión de Mérida (1844-1971)* (2003, publicado en 2007), por mencionar sólo dos de los más completos trabajos de P. Ortiz Romero, dan fe de ello. Los retos del presente, como la necesidad de conciliar los apremios de la arqueología preventiva con el interés por su adecuada investigación y publicación, sin duda formarán parte de la tarea historiográfica en los próximos veinticinco años.

BIBLIOGRAFÍA

ALMAGRO-GORBEA, M. (dir.)

(2006): *La necrópolis de Medellín. I. La excavación y sus hallazgos*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 26-1, Madrid.

(2008a): *La necrópolis de Medellín. II. Estudio de los hallazgos*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 26-2, Madrid.

(2008b): *La necrópolis de Medellín. III. Estudios analíticos. IV. Interpretación de la necrópolis. V. El marco histórico de Medellín-Conisturgis*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 26-3, Madrid.

BALBÍN BEHRMANN, R.

(2008): “Arte Paleolítico extremeño en el contexto del interior peninsular”, en P. J. Sanabria Marcos (ed.), *El Mensaje de Maltravieso 50 años después (1956-2006)*, Memorias del Museo de Cáceres, 8, pp. 57-83.

BARROSO BERMEJO, R. M. y GONZÁLEZ CORDERO, A.

(2007): “Datos para la definición del Bronce Final en la zona suroccidental de la Meseta. Los yacimientos de la comarca del Campo Arañuelo (Cáceres)”, *Revista de Estudios Extremeños*, 63-I, pp. 11-36.

BERROCAL-RANGEL, L., ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J., CELESTINO PÉREZ, S. y VALDÉS FERNÁNDEZ, F. (eds.)

(1995): *Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos*, Extremadura Arqueológica, 4, Mérida-Madrid.

BUENO RAMÍREZ, P.

(2000): “El espacio de la muerte en los grupos neolíticos y calcolíticos de la Extremadura española: las arquitecturas megalíticas”, en J. Jiménez y J. J. Enríquez, (eds.), *El Megalitismo en Extremadura (homenaje a Elías Diéguez Luengo)*, Extremadura Arqueológica, VIII, pp. 35-80.

BUENO RAMÍREZ, P., BARROSO BERMEJO, R. y BALBÍN BEHRMANN, R.

(2008): *Graphical Markers and Megalithic Builders in the International Tagus, Iberian Peninsula*, BAR International Series, 1765, Oxford.

CANALS, A., SAUCEDA, I. y CARBONELL, E.

(2008): “El Equipo Primeros Pobladores de Extremadura y la intervención arqueológica en la cueva de Maltravieso (2002-2006)”, en P. J. Sanabria Marcos, (ed.), *El Mensaje de Maltravieso 50 años después (1956-2006)*, Memorias del Museo de Cáceres, pp. 223-240.

CELESTINO PÉREZ, S.

(2000): “El santuario de Cancho Roano”, *Homenaje al Prof. Dr. Joan Maluquer de Motes*, Pyrenae, 22-23, pp. 47-50.

(2001a): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*, Barcelona, Bellaterra Arqueología.

(2001b): “Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al orientalismo arquitectónico”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, C.E.P.O.-C.E.H., Madrid, C.S.I.C., pp. 17-56.

(2003): *Cancho Roano, VIII y IX. Los materiales arqueológicos I y II*, Mérida.

CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (eds.)

(2005): *El Período Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV, Mérida.

CERRILLO CUENCA, E. (ed.)

(2005): *Los primeros grupos neolíticos de la cuenca extremeña del Tajo*, BAR International Series, 1393, Oxford.

(2007): *Los Barruecos: primeros resultados sobre poblamiento neolítico en la cuenca extremeña del Tajo*, Memorias de Arqueología Extremeña, 6, Mérida.

CERRILLO CUENCA, E., GONZÁLEZ CORDERO, A. y HERAS MORA, F. J.

(2008): “Cuevas funerarias en el Tajo Interior: a propósito de Maltravieso”, en P. J. Sanabria Marcos (ed.), *El Mensaje de Maltravieso 50 años después (1956-2006)*, Memorias del Museo de Cáceres, 8, pp. 209-222.

CERRILLO CUENCA, E. y VALADÉS SIERRA, J. M. (eds.)

(2007): *Los primeros campesinos de La Raya. Aportaciones recientes al conocimiento del Neolítico y Calcolítico en Extremadura y Alentejo*, Memorias del Museo de Cáceres, 6, Cáceres.

COLLADO GIRALDO, H.

(2003): “Nuevas representaciones de Arte Paleolítico en Extremadura”, *C.A.E.A.P. Veinticinco años de investigaciones sobre el Patrimonio Cultural de Cantabria*, pp. 111-121.

(2006): *Arte rupestre en la cuenca del Guadiana. El conjunto de grabados del Molino Manzánuez*, tesis doctoral, Cáceres, Área de Prehistoria de la Universidad de Extremadura.

(2007): *Arte rupestre del valle del Guadiana: el conjunto de grabados del Molino Manzánuez (Alconchel-Cheles, Badajoz)*, Memorias d’Odiana, 4, Estudios Arqueológicos do Alqueva, Beja, E.D.I.A.

(2008): “De Maltravieso al valle del Guadiana. Un repaso al Arte Rupestre Paleolítico de Extremadura”, en P. J. Sanabria Marcos (ed.), *El Mensaje de Maltravieso 50 años después (1956-2006)*, Memorias del Museo de Cáceres, 8, pp. 27-56.

DÍAZ-ANDREU, M.

(1997): “Prehistoria y Franquismo”, en G. Mora y M. Díaz-Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, Málaga, pp. 547-552.

DOMÍNGUEZ GARCÍA, A. y ALDECOA QUINTANA, M. A.

(2007): *Arte rupestre en la Zepa de la Serena*, en H. Collado y J. J. García (coords.), *Corpus de Arte Rupestre en Extremadura*, vol. II, Mérida.

DUQUE ESPINO, D. M.

(1998): *El poblamiento protohistórico en las Vegas Bajas del Guadiana*, Memoria de Licenciatura Inédita, Área de Prehistoria de la Universidad de Extremadura.

(2001): “Estudio y evolución de un modelo territorial agrario: el poblamiento protohistórico en las Vegas Bajas del Guadiana”, *Norba*, 15, pp. 23-62.

(2007): “La colonización agraria orientalizante en la Cuenca Media del Guadiana”, en A. Rodríguez Díaz e I. Pavón Soldevila (eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Cáceres, pp. 45-69.

ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J.

(2003): *Prehistoria de Mérida (cazadores, campesinos, jefes, aristócratas y siervos anteriores a los romanos)*, Cuadernos Emeritenses, 23, Mérida.

(2007): “Diversidad y heterogeneidad durante los inicios de la Prehistoria reciente en la cuenca media del Guadiana”, en E. Cerrillo y J. Valadés, *Los primeros campesinos de La Raya. Aportaciones recientes al conocimiento del Neolítico y Calcolítico en Extremadura y Alentejo*, Memorias del Museo de Cáceres, 6, pp. 95-111.

ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. y HURTADO PÉREZ, V.

(1986): “Prehistoria y Protohistoria”, *Historia de la Baja Extremadura, tomo I*, Badajoz, Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, pp. 1-85.

ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (eds.)

(1991): *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*, Extremadura Arqueológica, II, Cáceres-Mérida.

ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J., RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y PAVÓN SOLDEVILA, I.

(2001): *El Risco. Excavación de urgencia en Sierra de Fuentes (Cáceres) -1991 y 1993-*, Memorias de Arqueología Extremeña, 4, Cáceres.

EZQUERRA BOTICARIO, F. J. y GIL SÁNCHEZ, L.

(2008): *La transformación histórica del paisaje forestal en Extremadura*, Tercer Inventario forestal nacional 1997-2007, Madrid, Ministerio de Medio Ambiente.

GONZÁLEZ CORDERO, A., CASTILLO CASTILLO, J., VELÁZQUEZ JIMÉNEZ, A., CERRILLO CUENCA, E. y HERAS MORA, F. J.

(2001): *A.B.A.E. Archivo Bibliográfico de Arqueología Extremeña*, Extremadura Arqueológica, IX, Mérida.

GRACIA ALONSO, F.

(2009): *La arqueología durante el primer franquismo (1939-1956)*, Barcelona, Bellaterra Arqueología.

HARRISON, R. J.

(2004): *Symbols and Warriors. Images of the European Bronze Age*, Bristol, Western Academic & Specialist Press Limited.

HURTADO PÉREZ, V.

(2004): “El asentamiento fortificado de San Blas (Cheles, Badajoz). III milenio a.C.”, *Trabajos de Prehistoria*, 61-1, pp. 141-155.

(2005): “El campaniforme en Extremadura. Valoración del proceso de cambio socioeconómico en las cuencas medias del Tajo y Guadiana”, en M. A. Rojo, R. Garrido e

I. García (coords.), *El campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*, Valladolid, pp. 321-335.

HURTADO, V. y MONDÉJAR, P.

(2009): “Prospecciones en Tierra de Barros (Badajoz). Los asentamientos del III milenio a.n.e.”, en R. Cruz-Auñón Briones y E. Ferrer Albelda (coords.), *Estudios de Prehistoria y Arqueología en Homenaje de Pilar Acosta Martínez*, Sevilla, pp. 187-205.

JIMÉNEZ ÁVILA, J. (ed.)

(2002): *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*, Bibliotheca Archaeologica Hispanica, 16, Madrid.

(2006): *El conjunto orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres)*, Memorias del Museo de Cáceres, 5.

(2008): *Sidereum Ana I. El río Guadiana en época post-orientalizante*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, XLVI, Mérida.

JIMÉNEZ ÁVILA, J. y ORTEGA BLANCO, J.

(2001): “El poblado orientalizante de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz). Noticia preliminar”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, C.E.P.O.-C.E.H., Madrid, C.S.I.C., pp. 227-248.

(2004): *La cerámica griega en Extremadura*, Cuadernos Emeritenses, 28, Mérida.

(2008): “El Torrejón de Abajo. Un yacimiento orientalizante en el entorno periurbano de Cáceres”, en P. J. Sanabria Marcos (ed.), *Arqueología urbana en Cáceres*, Memorias del Museo de Cáceres, 7, pp. 83-113.

JIMÉNEZ GUIJARRO, J.

(2000): “Poblamiento neolítico y megalitismo en la Alta Extremadura: continuidad, aculturación e implantación”, en J. Jiménez y J. J. Enríquez (eds.), *El Megalitismo en Extremadura (homenaje a Elías Diéguez Luengo)*, Extremadura Arqueológica, VIII, pp. 95-104.

MANCHA ESPINO, S.

(2007): *Aproximación al conocimiento de la Prehistoria en los términos de Guareña y Valdetorres (Badajoz) a través del registro lítico*, Departamento de Historia, Área de Prehistoria, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Extremadura. Memoria de Investigación de Doctorado. Inédita.

MURILLO GONZÁLEZ, J. M.

(2007): *El asentamiento prehistórico de Torre de San Francisco (Zafra, Badajoz) y su contextualización en la Cuenca Media del Guadiana*, Memorias de Arqueología Extremeña, 8, Mérida.

(2008): *Prospección arqueológica en la vega del Harnina, Almendralejo-Solana de los Barros (Badajoz)*, Área de Prehistoria, Universidad de Extremadura. Trabajo de Investigación de Tercer Ciclo (D.E.A.). Inédito.

ORTIZ ROMERO, P.

(2007): *Institucionalización y crisis de la Arqueología en Extremadura. Comisión de Monumentos de Badajoz. Subcomisión de Monumentos de Mérida (1844-1971)*, Mérida, Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Extremadura.

ORTIZ ROMERO, P. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A.

(2004): “La torre de Hijovejo: génesis, evolución y contexto de un asentamiento fortificado en La Serena (Badajoz)”, en P. Moret y T. Chapa (eds.), *Torres, atalayas y casas fortificadas. Explotación y control del territorio en Hispania (s. III a.C.-s. I d.C.)*, Universidad de Jaén, pp. 77-95.

PAVÓN SOLDEVILA, I.

(2002-03): “Muerte en los Barros: aproximación a la dinámica demográfica, ritual y social de un necrópolis de cistas en la Baja Extremadura”, *Estudios Pré-históricos*, X-XI, pp. 119-144.

(2008): *El mundo funerario de la Edad del Bronce en la Tierra de Barros: una aproximación desde la bio-arqueología de Las Minutas*, Memorias de Arqueología Extremeña, 9, Mérida.

PAVÓN SOLDEVILA, I., DUQUE ESPINO, D. M., PÉREZ JORDÀ, G. y MÁRQUEZ GALLARDO, J. M.

(2010): “Novedades en la Edad del Bronce del Guadiana Medio. Intervención en el Cerro del Castillo de Alange (2005-2006)”, en J. A. Pérez Macías y E. Romero Bomba (eds.), *Actas del IV Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular (Aracena, 2008)*, Publicaciones de la Universidad de Huelva, pp. 442-462.

PRADA GALLARDO, A.

(2007): *Arqueología de las comarcas del suroeste de Badajoz: Valencia del Ventoso y Fregenal de la Sierra*, Valencia del Ventoso, Aqualia.

RIPOLL LÓPEZ, S.

(2008): “The mystery of the mutilated hands at the Spanish Maltravieso Cave”, en P. J. Sanabria Marcos (ed.), *El Mensaje de Maltravieso 50 años después (1956-2006)*, Memorias del Museo de Cáceres, 8, pp. 85-100.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A.

(1998): (coord.), *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.

(2002): “Extremadura, un espacio periférico y fronterizo en la Protohistoria del Suroeste”, en M. Molinos y A. Zifferero (eds.), *Primi popoli d'Europa. Proposte e riflessioni sulle origini della civiltà nell'Europa mediterranea*, Bologna-Jaén, pp. 249-263.

(2004): (ed.), *El edificio protohistórico de “La Mata” (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.

(2009a): *Campeños y “señores del campo”. Tierra y poder en la protohistoria extremeña*, Barcelona, Bellaterra Arqueología.

(2009b): “Arqueología Rural, Territorio y Paisaje en la protohistoria del Guadiana Medio: una propuesta metodológica”, en R. Cruz-Auñón Briones y E. Ferrer Albelda (coords.), *Estudios de Prehistoria y Arqueología en Homenaje de Pilar Acosta Martínez*, Sevilla, pp. 305-335.

(2010): “Colonizaciones agrarias y procesos regionales en la Protohistoria del Suroeste de la Península Ibérica”, *Bollettino di Archeologia online*, volumen especial: www.beniculturali.it/bao.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A., CHAUTÓN, H. y DUQUE, D.

(2006): “Paisajes rurales protohistóricos en el Guadiana Medio: los Caños (Zafra, Badajoz)”, *Revista Portuguesa de Arqueología*, 9-1, pp. 71-113.

RODRÍGUEZ, A., DUQUE, D. y PAVÓN, I. (eds.)

(2009): *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio*, Memorias de Arqueología Extremeña, 12, Mérida, Consejería de Cultura y Turismo, Junta de Extremadura.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J.

(2001): *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*, Barcelona, Bellaterra Arqueología.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ORTIZ ROMERO, P.

(2003): “Defensa y territorio en La Beturia: castros, *oppida* y recintos ciclópeos”, en A. Morillo, F. Cadiou y D. Hourcade (eds.), *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, Universidad de León/Casa de Velázquez, pp. 219-251.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A., ORTIZ ROMERO, P. y PAVÓN SOLDEVILA, I.

(2000): “El complejo arqueológico de La Mata (Campanario, Badajoz) en el contexto socioeconómico del Post-orientalizante extremeño”, en C. Mata y G. Pérez Jordà (eds.), *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric*, Sagvntvm Extra-3, pp. 101-107.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y PAVÓN SOLDEVILA, I. (eds.)

(2007): *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN SOLDEVILA, I., DUQUE ESPINO, D. M. y ORTIZ ROMERO, P.

(2007): “La señorialización del campo postartésica en el Guadiana Medio: el edificio protohistórico de La Mata (Campanario, Badajoz) y su territorio”, en A. Rodríguez Díaz e I. Pavón Soldevila (eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Cáceres, pp. 71-101.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN SOLDEVILA, I. y ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J.

(1987): “La prehistoria. De los orígenes al contacto con el mundo romano”, en F. Sánchez Marroyo (dir.), *Extremadura, la historia*, Badajoz, Hoy, pp. 56-101.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN SOLDEVILA, I., MERIDETH, C. y JUAN TRESSERRAS, J.

(2001): *El Cerro de San Cristóbal, Logrosán, Extremadura, Spain. The archaeometallurgical excavation of a Late Bronze Age tin-mining and metalworking site. First excavation season 1998*, BAR International Series, 922, Oxford.

RODRÍGUEZ-HIDALGO, A.

(2004): “Aproximación al estudio de la industria lítica de los yacimientos de la Cuenca del Guadiana a su paso por la ciudad de Mérida”, en E. Allue, J. Martín, A. Canals y E. Carbonell (eds.), *Actas del I Congreso Peninsular de Estudiantes de Prehistoria*, pp. 96-103.

RUIZ MATA, D. y CELESTINO PÉREZ, S.

(2001): *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, C.E.P.O.-C.E.H., Madrid, C.S.I.C.

SANABRIA MARCOS, P. J. (ed.)

(2009): *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación de Beira Baixa-Alto Alentejo-Cáceres*, Memorias del Museo de Cáceres, 9.

SANABRIA MURILLO, D.

(2008): *Paisajes rurales protohistóricos en el Guadiana Medio: “El Chaparral” (Aljucén, Badajoz)*, Memorias de Arqueología Extremeña, 10, Mérida.

VALADÉS SIERRA, J. M.

(2006): “Prehistoria y Protohistoria”, en F. J. Pizarro Gómez (coord.), *Nosotros. Extremadura en su patrimonio*, Barcelona, Caja Extremadura-Lunwerg Editores, pp. 19-61.

VELÁZQUEZ, A., DE LA BARRERA, J. L. y ENRÍQUEZ, J. J. (eds.)

(1990): *La cultura tartésica y Extremadura*, Cuadernos emeritenses, 2, Mérida.